

(concurso de remodelación de las Ramblas en Barcelona, por ejemplo).

La segunda, la no implementación de la estructura profesional, anclada en un sistema proveniente de épocas en las que el número de profesionales era infinitamente menor, con la consiguiente degradación deontológica y evolutiva del sector que ha derivado –por ejemplo– en el predominio de la emigración (individual) frente a la internacionalización empresarial, cuando no en el puro *dumping* y la competencia desleal que ha devaluado los mínimos que un día consideramos intraspasables.

Sin embargo, queda luz para la esperanza. Si algo tiene de bueno este periodo es que –urbanísticamente– ofrece la posibilidad de, por una vez, tomar las cosas con calma sin la necesidad imperiosa de llegar primeros a un documento cuyo único interés era clasificar más para cobrar más. En el mismo sentido, ese muy necesario compás de espera debe hacernos reflexionar sobre la recuperación de terrenos abandonados tremendamente necesarios para la profesión y en los que los arquitectos aun tienen mucho que aportar.

Estas reflexiones, no obstante, no pueden cursar sin una profunda reordenación de la legalidad laboral profesional que permita un sector sólido, capaz de adaptarse y de acomodar a los magníficos profesionales que en la actualidad estamos regalando en una incomparable (y lamentable) fuga de cerebros de la que mucho nos costará recuperarnos para un país cuyo futuro pasa, necesariamente, por rentabilizar el talento de sus profesionales.

Son estos los tiempos en que las voces de alarma corren el riesgo de emprender una peligrosa huida hacia delante, o peor aun, hacia una periferia (en palabras del excelente crítico Fredy Massad) aun más peligrosa por lo que tiene de difuso, y de continuar en ese empobrecido abandono de sectores profesionales que no están ni mucho menos agotados. Para ello, lejos de emplear el término “reinención” que resulta sencillo, pero tremendamente engañoso, lo lógico parece recurrir al mucho más complejo, pero también mucho más gratificante, “recuperación”.

La recuperación de la responsabilidad, la capacidad de autocritica y el compromiso social de la profesión como principios fundamentales, alejados de intereses espurios y de la dependencia de clichés y servidumbres impropias de una labor técnica, responsable e inclusiva como la nuestra. En este apartado, no es menor la necesidad de recuperar la responsabilidad social en el terreno de nuestras instituciones profesionales, con los colegios de arquitectos a la cabeza, entendidas como entidades de derecho público cuyo objeto no puede ser otro que el servicio a la ciudadanía. Un servicio del que han estado desaparecidos presas de ciertos manierismos del pasado, entre los cuales destaca la dependencia económica del Visado y por tanto del mercado inmobiliario extensivo como elemento de financiación. La presencia de los COA en el debate urbano (e incluyo en dicho debate aspectos sociales, técnicos, deontológicos y los relativos a la más básica honestidad empresarial y profesional) ha sido escasa cuando no nula. Una oportunidad perdida de –en palabras de Luciano Alfaya, director del Laboratorio de Ideas organizado por el COA de Galicia en el verano de 2012– “ser necesarios y no obligatorios”.

Si por algo se caracterizan los arquitectos es por su tremenda capacidad de adaptación. Si por algo la arquitectura y la disciplina urbanística son fundamentales es porque su fundamento es servir a la sociedad. Quizá sea este el mejor momento para demos-

trar –de nuevo– que hemos aprendido de los errores cometidos y que el futuro –no solo de nuestros entornos, sino también de nuestra labor, entendida como instrumento fundamental– puede ser más amable, más respetuosa, mejor.

OTRO URBANISMO ES POSIBLE. LA NUEVA PRAXIS URBANA ANTE EL CAMBIO DE ÉPOCA

Guillermo Acero Caballero
Jon Aguirre Such
Jorge Arévalo Martín
Pilar Díaz Rodríguez
Iñaki Romero Fernández de Larrea

#GlobalRevolution

“Asistimos al nacimiento de una nueva era.” Así de contundente se mostraba Jeremy Rifkin (@JeremyRifkin) para describir el actual y convulso panorama sociopolítico y económico en una entrevista de 2012. Pero no es el único: en el libro *Otra sociedad, ¿otra política?*, Joan Subirats (@subirats9) reflexiona en estos mismos términos a la hora de analizar el contexto contemporáneo, estableciendo un contundente argumentario sobre por qué vivimos un cambio de época y lo relevantes que están resultando las nuevas tecnologías en él. Desde una posición totalmente diferente, antagónica podríamos llegar a decir, el magnate mexicano Carlos Slim llegaba a conclusiones similares recientemente al declarar que “vivimos un cambio de civilización”. Y es que, cada vez son más y más diversas las voces que otorgan una importancia trascendental al momento histórico que estamos viviendo.

Más allá de este extendido consenso acerca del cambio de época en el que estamos inmersos, resulta innegable la profunda alteración del orden preestablecido que plantea la irrupción de Internet, las herramientas digitales y las tecnologías de la información y la comunicación (TIC). Tal y como indica acertadamente Mark Poster, Internet no es un nuevo “martillo” que sirve para clavar más rápido los “clavos” de siempre. Es un invento que está transformando radicalmente la forma en la que los seres humanos nos comunicamos, nos relacionamos o nos asociamos. Hasta el punto de que podemos considerar Internet como una palanca de cambio con una vocación transformadora y una magnitud de influencia a la altura de la imprenta de Gutenberg y la máquina de vapor de Watt.

Desde luego, esta revolución en ciernes no opera exclusivamente en una dimensión tecnológica, también lo hace en el ámbito económico, político y social. Por una parte estamos siendo testigos tanto del desmantelamiento del estado del bienestar como de un creciente cuestionamiento y rechazo al sistema capitalista que lo sustentaba. Por otra parte, y seguramente a consecuencia de lo anterior, no podemos obviar que el divorcio entre instituciones y sociedad civil es cada vez más amplio. Buena prueba de ello es el hecho de que el número de protestas sociales en contra de la degradación del sistema democrático y el estado del bienestar haya crecido exponencialmente en los últimos años, o que también hayan proliferado los movimientos contrahegemónicos: la Primavera Árabe, el #15M u Occupy Wall Street (#OccupyWS) son algunos de los que mejor reflejan esta reciente eclosión de nuevas formas organizativas y la escalada del descontento. Pero no son los únicos. La movilización social es una tendencia global que cada vez va incorporando connota-

ciones más urbanas y territoriales. Desde las protestas #VemPraRua de Brasil, cuyo detonante fueron la subida de tasas del transporte público y la especulación derivada de las Olimpiadas y el Mundial de Fútbol; hasta las recientes protestas en Rumanía por la apertura de una mina de oro; pasando por el caso más evidente de #OccupyGezi, que surge para detener el proyecto de construcción de un centro comercial en la plaza Taksim en Estambul (Turquía). Teniendo en cuenta esta perspectiva, cabe preguntarse cómo este nuevo escenario de ruptura afecta y puede aportar claves para un cambio de paradigma en las prácticas urbanísticas y territoriales. Y viceversa: ¿qué puede aportar el urbanismo en este momento trascendental de la historia?

#SpanishRevolution

Desde luego el Estado español no permanece al margen de este escenario de transformación global. De hecho, la dureza con la que está azotando la crisis también está acelerando la generación de una nueva conciencia colectiva enraizada en las lógicas de red y la creación de nuevas subjetividades políticas. Seguramente algunos de los ejemplos más visibles a este respecto sean el #15M, la Plataforma de Afectados por la Hipoteca (@LA_PAH) o las distintas Mareas Ciudadanas. Muchas de sus reivindicaciones, formas organizativas y prácticas subversivas han permitido recuperar algunos asuntos clave de nuestro ejercicio profesional que la burbuja inmobiliaria parecía haber desterrado.

De esta manera, las acampadas y manifestaciones han reabierto el debate en torno al espacio público como espacio de convivencia y generación de opinión pública. Las asambleas y grupos de trabajo en los barrios han puesto el foco sobre esta escala como unidad urbana fundamental en la que es necesario comenzar a actuar, desde la cotidianidad, tras dos décadas de urbanismo irresponsable y arquitectura espectáculo. Y, finalmente, la paralización de desahucios (#StopDesahucios) ha puesto en el candelero un tema que guarda una ligazón esencial con el planeamiento urbano: el derecho a la vivienda. Todas estas cuestiones establecen un terreno fértil sobre el que erigir una nueva praxis urbana. La cual, ineludiblemente, debería de estar vinculada a una mayor articulación con la ciudadanía y los movimientos sociales.

Pero antes de emprender este viaje hacia un nuevo horizonte, conviene establecer cuál es nuestro punto de partida: tener presente de dónde venimos en todo momento hará que no perdamos el rumbo en el futuro y que no comentamos los mismos errores del pasado.

Por eso, si bien han corrido ríos de tinta sobre los devastadores efectos de la burbuja inmobiliaria y el desenfreno edificatorio, nunca está de más recordar las consecuencias que ha generado el afán especulativo de los poderes financieros unido a casos de corrupción de algunos poderes públicos. Esta comunión de intereses económicos y mala praxis política ha producido un paisaje que se caracteriza por los millones de casas vacías y cientos de miles de desahucios anuales, miles de edificios públicos vacíos, inutilizados o inacabados; una sucesión de “ruinas modernas” a lo largo y ancho del Estado, así como de infraestructuras sin terminar, vacías o infrautilizadas, sin olvidar las miles de hectáreas de suelo urbanizado a la espera de nuevas edificaciones que seguramente nunca llegarán, así como el desparrame urbano (*sprawl*) producto de unas políticas urbanísticas extensivas.

Desde luego, no parecen unas condiciones de partida muy favorables para una profesión que, nos guste o no, hasta el momento ha estado volcada en el crecimiento urbano. Por lo que, ante la evidente depredación del territorio que se ha producido en los últimos años, ¿cuál debería ser nuestro papel en los próximos? Si el (mal) urbanismo y planeamiento nos han traído hasta aquí, parece lógico que algunas de las soluciones o vías de escape que se planteen a la coyuntura actual también habrán de surgir desde la práctica urbanística, pero planteada desde un enfoque completamente diferente. Es nuestra obligación dar un giro rotundo a la práctica profesional. Para lo cual no hay que inventar la rueda, sino recuperar herramientas y metodologías postergadas y actualizarlas para que respondan a las nuevas lógicas de red y al cambio de época. Y aquí, aunque parezca lo contrario, las posibilidades y el radio de acción son amplísimos. De hecho, ya existen prácticas concretas y discursos emergentes que están incorporando estas cuestiones.

Por ejemplo, el colectivo n'UNDO (@nundo_) plantea la arquitectura desde el desmantelamiento y la no-construcción. Desde una posición similar, la plataforma Increasis (@increasis_org) recopila toda una serie de recursos edilicios y referencias a experiencias que permiten configurar este nuevo tablero de juego urbanístico. En esta misma línea el Vivero de Iniciativas Ciudadanas (@desdevic) recoge más de 300 casos de nuevas formas de construcción colectiva del territorio promovidas desde la ciudadanía. Desde un ámbito más profesionalizado, la red de Arquitecturas Colectivas incluye a toda una serie de colectivos y equipos a nivel estatal e internacional, con el objetivo de que compartir conocimiento, formar grupos de trabajo sobre diversas temáticas e impulsar proyectos conjuntos. Precisamente, es dentro de esta red donde encontramos toda una amalgama de ejemplos que se articulan entorno a la idea que otra manera de hacer ciudad es posible: desde pequeños equipos vinculados a prácticas culturales comunitarias en el ámbito rural como Lafábrica-detodalavida (@LFdTV) o Niquelarte (@Niquelarte); hasta proyectos más complejos y ambiciosos como ZAWP (@Zawp) en la península de Zorrotzaurre (Bilbao). Este último caso constituye un fantástico ejemplo de lo que se conoce por "urbanismo mientras tanto", ya que plantea la recuperación de patrimonio industrial vacío de esa zona de la capital bizkaitarra a través de actividades de emprendimiento y programas culturales, erigiéndose así como una alternativa urbanística cuya fecha de caducidad se hará efectiva con la ejecución del futuro (¿futurible?) *masterplan* proyectado por Zaha Hadid.

La emergencia de todas estas prácticas pone en evidencia que el deseo de reformular el urbanismo ya se está haciendo realidad. Esta situación está permitiendo que, paralelamente, se genere un corpus teórico que consolide las bases de este cambio. De hecho, los límites entre práctica y teoría aparecen aquí difuminados: la práctica produce teoría, y la teoría práctica. De esta manera se están generando nuevos imaginarios que nos permiten describir y entender esta nueva ola de propuestas, al tiempo que trazan nuevas líneas de fuga que guíen este cambio de paradigma urbanístico.

Glosario Abierto

Si entendemos que, como lo hacía Wittgenstein, el lenguaje construye mundo, tendremos que empezar a desarrollar un nuevo vocabulario —o dotar de nuevos significados al existente— que nos permita comprender estas prácticas urbanas emergentes. Si bien el objeto de este artículo no es establecer

un diccionario común a estas nuevas formas de hacer, sí que nos parece pertinente recoger una serie de nociones comunes que permitan establecer cierta base conceptual compartida de estas nuevas formas colectivas de hacer ciudad.

Política

El urbanismo no es técnica, es política: es una visión, un proyecto, y tiene vocación transformadora. Parece que hemos olvidado eso. O tal vez algunas personas nunca lo tuvieron en cuenta. Y eso que pensadores tan relevantes como Michel Foucault han explicitado en numerosas ocasiones como la arquitectura (y el urbanismo, añadimos) es un modo de organización política. Lamentablemente, la academia y el ámbito profesional han permanecido ajenos a esta realidad, centrándose exclusivamente en la dimensión estética de la disciplina. Seguramente, esta "forclusión" de la política en el urbanismo y la arquitectura ha sido la que ha evitado que se haya podido establecer un código deontológico o algún mecanismo de control común que pusiera coto a la laxitud ética con la que se han acometido los proyectos en las últimas décadas. Por tanto, urge construir una nueva ética profesional.

Afortunadamente desde estos discursos emergentes estamos recuperando la vocación social y política del urbanismo, conformando nuevos mecanismos de defensa que resulten a la vez críticos y propositivos. Y aquí contamos con poderosos ejemplos tanto a nivel práctico como teórico.

En el primer plano podemos destacar el trabajo desarrollado por Todo por la praxis (@todoporlapraxis), quienes establecen nexos de unión entre activismo y urbanismo diseñando mecanismos arquitectónicos que posibilitan nuevos usos y lecturas del espacio público. Tal vez su proyecto más destacado a este respecto sea el Banco Guerrilla que elaboraron para la Comisión Stop Desahucios del distrito Latina de Madrid, desde la que demandaban dispositivos que dieran soporte a las actividades de resistencia frente a los desahucio de familias con dificultades económicas.

Respondiendo a estas necesidades el colectivo madrileño diseñó, junto a este grupo en defensa del derecho a la vivienda, un punto de información que incluía una cocina portátil, con el objetivo de facilitar la práctica de ocupación de la calle y la paralización de los desahucios.

En lo que a la recuperación del carácter político y social de la arquitectura y el urbanismo se refiere, la esfera teórica también cuenta con buenos ejemplos y argumentos. Aquí encontramos interesantes referencias desde el trabajo desarrollado por Andrés Jaque a través del su plataforma de pensamiento Oficina de Innovación Política (@OFFPOLINN), hasta las lúcidas reflexiones sobre el tema que plantean Zaida Muxí y Josep María Montaner y José Miguel Cortes en sus recientes libros.

Mecanismos

Históricamente el urbanismo y la arquitectura han estado más centrados en la edificación que en la construcción, en el objeto que en el proceso, en la creación que en "encontrar acuerdos y agendas compartidas". Una actitud muchas veces poco responsable que, tal y como mencionábamos al principio, ha configurado un panorama repleto de conflictos urbanísticos, ambientales, paisajísticos, etc. El futuro del urbanismo debería pasar por encontrar solución a esta problemática contemporánea originada en el pasado.

Para acometer este objetivo necesitamos dejar de lado antiguos preceptos y desarrollar estrategias de "Re" e instrumentos de "De(s)": Regenerar, reciclar, rehabilitar, reactivar, reconvertir, reinventar, y desclasificar, descalificar, de-construir, demoler, etc. deben ser términos que definan este nuevo glosario. En este ámbito los hechos también van por delante de las ideas, puesto que empiezan numerosas iniciativas que apuntan en esta dirección. Por poner algunos ejemplos prácticos en marcha podemos citar el proceso Naquerant Espais (#NaquerantEspais) que Paisaje Transversal (@paistransversal) desarrollamos para la reactivación de un edificio público vacío en Náquera (Valencia)²⁴; los proyectos Berreibar en Eibar, Irímo en la localidad guipuzcoana de Urretxu o Astra en Gernika (@AstraGernika) destinados a la rehabilitación de antiguas fábricas en Euskadi para que incorporen nuevas actividades productivas y economías alternativas; o las cada vez más extendidas estrategias de recuperación de solares vacíos como Estonoesunolar en Zaragoza (@estonoesunolar). Esta es una Plaza y el Campo de la cebada en Madrid (@campodecebada), Re-Gen en Huesca (@reghenhu), Solar Vius en Lleida (@SVius) o el Pla Buits en Barcelona.

Pero más allá de proyectos y espacios concretos, también existe una huella de colectivos que hacen de este tipo de estrategias su razón de ser profesional como Destiempo Urbano (@destiempourbano) y su Plan de Trazado Efímero, el trabajo de Re-Cooperar, o el que desarrolla Santiago Cirugeda (@santicirugeda) a través de estrategias de activación de espacios públicos que aprovechan los intersticios legales o el colectivo (sa)badall (@sabadall) y su proyecto Urbanoporosi, un trabajo transdisciplinar sobre edificios vacíos que mezcla fotografía, geografía y acción política.

Agentes facilitadores

Últimamente hay dos conceptos que parecen haber tomado relevancia a la hora de hablar sobre estrategias participativas de construcción de la ciudad: la mediación y el *bottom-up* (de abajo arriba). El primero hace alusión a la figura de los técnicos como agentes mediadores entre administraciones y ciudadanía. Si bien en ocasiones este papel puede instrumentalizarse hacia una mera "mediatización" de los procesos participativos, no hemos de olvidar que la mediación también permite establecer los mecanismos para garantizar la construcción colectiva de la ciudad y el territorio.

En cuanto al segundo, que hace referencia a la articulación de procesos urbanos desde la base social, también presenta algunas fallas que convendría tomar en consideración a la hora de pensar en nuevas formas de pensar el urbanismo. Si bien nos parece absolutamente imprescindible incorporar a la sociedad civil en los procesos urbanos desde su propia gestación, no podemos pasar por alto que dentro de la negociación urbana entran en juego más actores e intereses que no hay que obviar. De hecho, el poder de coacción de estos últimos suele ser mucho mayor que el de la ciudadanía. Por lo tanto este tipo de estrategias de abajo arriba habrán de estar acompañadas por otras que empoderen a las comunidades y permitan equilibrar la balanza en los procesos de toma de decisión.

Por otra parte, cuando se trata de procesos de participación asociados a transformaciones urbanas, hay que tomar en consideración que los deseos y necesidades de una comunidad o un conglomerado de agentes no siempre —casi nunca— tienen una traslación proyectual directa, por lo que resulta necesario un agente técnico que sea capaz

de traducir toda esa información en propuestas urbanísticas concretas. Es en este punto donde se enmarca la figura de facilitador, entendida como un equipo que se sitúa entre los distintos agentes que operan sobre el territorio (ciudadanía, Administración, empresas privadas proveedoras de servicios y recursos, entidades académicas y científicas como proveedoras de conocimiento) y sea capaz de realizar una gestión integral de la información que provenga de ellos (intereses, anhelos, necesidades) para traducirla en propuestas y acuerdos concretos, sin anular los conflictos que puedan surgir durante este proceso y valiéndose de ellos como materia creativa y proyectual.

De esta manera la figura del agente técnico facilitador entronca en las teorías sobre el *advocacy planning* planteadas por Paul Davidoff en los años sesenta y que recientemente han sido magníficamente recuperadas y actualizadas por La Trama Urbana (@TramaUrbana). En el plano práctico también existen referencias actuales en las que la imagen del técnico experto en cuestiones urbanísticas queda disipada frente a la idea del urbanista como técnico facilitador de procesos urbanos con capacidad de transformar las protestas en propuestas. Aquí tenemos el diseño de la plaza Lesseps desarrollado por Itziar González en colaboración con la comunidad local, la regeneración de Trinitat Nova en la que estuvieron involucrados Gea21 o más recientemente, VdB, el proceso *bottom-up* (desde la base social) para la regeneración integral participativa Virgen de Begoña que Paisaje Transversal estamos desarrollando junto a la vecindad de este barrio de la periferia madrileña.

Transdisciplinariedad

Por norma general los proyectos urbanos han estado condicionados por la perspectiva unívoca del diseño urbano. Seguramente, el ego desmedido que han insuflado desde las Escuelas de Arquitectura nos ha hecho pensar a los arquitectos –arquitectos-urbanistas, en el mejor de los casos– que éramos quienes mejores capacidades teníamos para resolver la ordenación urbana y territorial. Si acaso la inclusión de otras disciplinas ha respondido a la necesidad de encontrar justificaciones que avalasen las decisiones arquitectónicas y de diseño urbano. Pero la complejidad del medio requiere nuevas miradas que rompan esta endogamia y establezcan puentes entre diversas perspectivas disciplinares.

Por eso, desde Paisaje Transversal siempre hemos reivindicado el adjetivo transdisciplinar (de ahí nuestro nombre) frente al de multidisciplinar o interdisciplinar. Y no por puro capricho lingüístico: existen diferencias fundamentales entre los dos términos incardinadas en el propio desarrollo de la práctica urbanística.

La palabra multidisciplinar hace referencia a una manera de hacer urbanismo en la que existe un eje disciplinar preferente (el arquitectónico-urbanístico) sobre el que se implementan las sugerencias provenientes de otras disciplinas, que en la mayoría de los casos no sirven más que de coartada para afianzar el discurso del urbanista ortodoxo.

Una metodología transdisciplinar en cambio, tiene que ver con la desaparición de la hegemonía arquitectónica en la toma de decisiones y con el consenso, coordinación y convergencia disciplinar. La permeabilidad teórica y conceptual es imprescindible, ya que se trata de construir el proyecto urbano transversalmente desde su base, estableciendo acuerdos y un reparto equitativo de los poderes en la toma de decisiones.

Beta permanente

El P2P (*peer to peer*), el código abierto, el software libre o las licencias copyleft están transformando substancialmente los procesos creativos de la gran mayoría de las profesiones. ¿Por qué el urbanismo permanece ajeno a estas lógicas contemporáneas?

El concepto beta permanente, que proviene del *software* libre, es, a nuestro entender, el que mejor define y el que más claves aporta para hacer frente a este reciclaje de las prácticas arquitectónica y urbanística. Beta permanente aglutina una serie de ideas y posicionamientos que pueden facilitar esta imprescindible transición, de él emanan muchas de las cuestiones que debemos tener en cuenta.

Aplicar las lógicas derivadas del beta permanente al urbanismo y a la ciudad supone entender los proyectos urbanos como procesos abiertos, dinámicos y en constante evolución. Procesos en los que no determinamos el objeto final *a priori*, sino que marcamos un punto de partida y un horizonte de posibilidades y deseos futuros, de modo que la formalización de la intervención final se decide colectivamente como producto de una sinergia entre los conocimientos de los técnicos y la comunidad. Se trata por tanto de establecer los canales y espacios necesarios para generar diseños colaborativos, capaces de conjugar la experiencia y el saber técnico con la experiencia y el saber cotidiano de los habitantes, capaces, por tanto, de traducir las reivindicaciones ciudadanas en propuestas ciudadanas.

Pero Paisaje Transversal no somos los únicos en reivindicar la adaptación de los preceptos provenientes de la cultura libre y las nuevas dinámicas en red. Sin ir más lejos ahí están personalidades tan relevantes como José Fariña o Saskia Sassen (@SaskiaSassen) hablando y escribiendo sobre “urbanismo de código abierto”. En unos estratos menos reconocibles los planteamientos de gente como ColaBoraBora (@Colaborabora), Bernardo Gutiérrez (@bernardosampa), Pablo Sánchez (@PabloSchillon), Manu Fernández (@manuferandez) o Domenico Di Siena (@urbanohumano), entre muchos otros, también profundizan en las conexiones entre la ciudad y la cultura digital.

Si bien todas estas cuestiones no son más que pinceladas de todo el caldo de cultivo en el que se está cocinando el futuro del urbanismo, nos parece que establecen suficientes referencias (conceptuales, teóricas y prácticas) que avalan ese cambio de paradigma urbanístico al que hemos aludido, y que ya ha comenzado a fraguarse en nuestras ciudades y nuestros territorios. Desde Paisaje Transversal esperamos que este artículo haya servido para dejar constancia de que otro urbanismo no solo es necesario, sino que también es posible. #SiSePuede.

APUNTES PARA UNA REVISIÓN DEL PLANEAMIENTO URBANÍSTICO

Gemma Fernández

Introducción

Septiembre de 2013. Nos hallamos en un espectáculo infantil de marionetas. De repente, el protagonista proclama: “¡Me gusta pasear por los bosques y los jardines porque en ellos no se ha construido nunca ninguna ciudad!” Esta anécdota debería darnos qué pensar,

puesto que ejemplariza hasta qué punto la ciudad se asocia con aquello no deseable.

Los profesionales de nuestra generación que trabajan en planeamiento urbanístico se hallan inmersos en medio de crisis laborales, académicas, institucionales, económicas y sociales, y además, oyen que la imagen que tiene la sociedad de su práctica –la ciudad– es algo negativo y no deseado. Ilegalidades urbanísticas, corrupción económica, desafección política, viviendas vacías, desahucios, etc., son circunstancias que se asocian hoy con la práctica urbanística. El planeamiento se percibe como cómplice de todo. Y todavía es peor cuando hablamos de planificar un pueblo o un pequeño municipio, entonces no es que no sea bueno o malo, es que directamente no se entiende su necesidad.

Hoy, en nuestro país, planificar quiere decir organizar el territorio desde un gran conjunto de ámbitos sectoriales que le afectan directamente: el urbanismo, la planificación territorial, la vivienda, el patrimonio, la economía, el medio ambiente, el paisaje, la movilidad, la protección ante los riesgos, etc. ¿Y qué comporta? ¿De hecho, de qué hablamos cuando nos referimos a la planificación urbanística? Pues de ordenación del territorio y del tejido urbano, de gestión de la propiedad, de la obra urbanizadora, del control de la edificación, y todo ello al servicio de un modelo de país.

Cuando planificamos, tenemos que respetar la Ley de Urbanismo, a la vez que se deben tener en cuenta multitud de leyes sectoriales, todas importantes, que decidirán si un planeamiento se adecua a los determinantes establecidos. Las leyes son muchas, demasiado dispersas y se han modificado tan frecuentemente que resulta difícil conseguir un mínimo de estabilidad. Esta carencia dificulta el conocimiento y la aplicación de las leyes y puede generar inseguridad jurídica.

Leyes que es preciso tener presente que se aplican sobre un territorio heterogéneo y lleno de singularidades, que reivindica un tratamiento diferenciado y que es contrario a las generalizaciones.

La sociedad actual ha tomado conciencia de que el suelo es un recurso escaso y limitado. La mayor parte de la población entiende (aunque no todo el mundo) que los modelos de ocupación y de dispersión propuestos hasta ahora no son la solución a la mayor parte de los problemas, sino que al contrario, han sido la fuente de estos. Todo ello nos hace pensar que nos hallamos ante una sociedad más preparada y sensible a los temas urbanísticos, y esta es una buena noticia. Con todo, se trata de una sociedad que desconoce los mecanismos establecidos y las actuaciones de los técnicos, políticos, inversores y del conjunto de agentes que intervienen en el despliegue de las políticas urbanísticas y territoriales.

Las bondades de la planificación

Planificar no es sólo decidir calles y construir edificios; es obtener lugares: espacios con calidad de vida, interesantes y atractivos, donde se facilita la relación entre las personas y entre estas y su entorno.

Planificar quiere decir conocer intensamente el territorio y descubrir sus características, sus valores y fortalezas, pero también sus carencias, amenazas y dificultades. De aquí surge la propuesta/proyecto que trata de potenciar y preservar aquello que decidimos que es un valor, y solucionar y dar respuesta a aquello que consideramos problemas. Dicho de otra forma: conocer el territorio conduce a amararlo, entenderlo permite pensarlo. Planificar es, pues, del todo útil y,